



RECUERDOS CON DOPPLER

POR TOMÁS GUENDELMAN BEDRACK

Muchos recuerdos se diluyen con el tiempo, mientras otros recobran vida y se nos acercan velozmente desde la fuente emisora situada en nuestro “baúl del pasado”. La nitidez de la señal deriva más de la profundidad de la huella que nos dejaron que de la ocasión en que cronológicamente ocurrieron.

El “Efecto Doppler”, tan utilizado en el campo de la física, se puede describir como el cambio de frecuencia de un sonido de acuerdo al movimiento relativo entre el emisor y el receptor. Esta diferencia depende de la velocidad, dirección y sentido de dicho movimiento relativo, y se aprecia claramente en el caso de la sirena de alarma de una ambulancia, cada vez más bulliciosa cuando se nos acerca, y más tenue, hasta extinguirse, cuando se nos aleja.

Un ejemplo precioso del fenómeno, que se encuentra desarrollado en Wikipedia, muestra el caso de un individuo que se mueve con una velocidad de 42 m/s hacia un trompetista en reposo, que está emitiendo la nota “La”, de frecuencia igual a 440 Hz. Si este individuo, actuando como receptor, se acerca hacia el emisor, percibirá una nota que vibra a una frecuencia de 493,88 Hz, que corresponde a la nota “Si”. Musicalmente hablando, percibe el sonido un tono más arriba del que se emite realmente.

En el deambular por el mundo de los recuerdos observamos que muchos de ellos se diluyen con el tiem-

po y se manifiestan con pequeños y muy distantes destellos. Otros, en cambio, recobran vida y presentan una sorprendente nitidez e intensidad que los hace parecer como si se nos acercaran velozmente desde la fuente emisora situada en nuestro “baúl del pasado”. Parece que vinieran en una ambulancia en “marcha atrás”, desplazándose a la velocidad del pensamiento, es decir, infinita. La nitidez de la señal deriva más de la profundidad de la huella que nos dejaron que de la ocasión en que cronológicamente ocurrieron. Es decir, son “Recuerdos con Doppler”.

El desorden de la secuencia molecular de un cuerpo material constituye una forma de ruptura, conocida como “dislocación”. El mundo del pensamiento también puede revelar una alteración patológica, como ocurre con algunos fármacos de uso habitual, que tienen efectos negativos sobre la memoria cercana. La dislocación de los recuerdos, en cambio, tiene una lectura muy positiva, pues ayuda a recapturar alegrías, emociones, rostros, y en general, pequeños o

grandes momentos de nuestras vidas, desplazados al presente. Sin embargo, no es menos cierto que la capacidad del ser humano de mitigar –o incluso olvidar– sucesos que alguna vez lo atormentaron, es un poderoso activo de la mente que le permite seguir viviendo, a pesar de todo. El problema queda entonces reducido a evitar que nuestro envejecimiento sea responsable de que vayamos “vacando la papelera de reciclaje”, sin discriminar entre recuerdos buenos y malos.

- ¿Cómo se combate este problema?, pregunto.
- Trabajando la memoria; sin prisa, pero sin pausa, contesto.
- ¿Algo similar a mejorar la salud concurren día por medio a un gimnasio?, insisto.
- Tal vez, pero reemplazando el trote, los abdominales, el pedaleo y el sudor, por actividades intelectuales activas, tales como leer, escribir y charlar con viejos amigos.

En suma, recrear el pasado en forma permanente y, ojalá, como en las ecografías modernas, agregando un poco de “Doppler”.

En noviembre pasado leí el borrador del libro póstumo de don Rodrigo Flores, "Mis Años de Ajedrez", obra que verá la luz en enero próximo, justamente cuando se cumpla el primer año de su fallecimiento.

Leyendo a don Rodrigo, quien empezó a escribir este libro pasados los noventa años de edad, experimenté la gratísima sensación de su presencia indeleble y comprobé que el trabajo intelectual sostenido hace que un individuo se levante a las ocho de la mañana y se prepare para concurrir a su oficina, con noventa y cuatro años auestas. No pudo lograrlo, como todos ustedes lo saben, pero esa era su intención, por lo menos, hasta pocos minutos antes de su deceso.

En el primer capítulo del libro, denominado "La Casa de La Cisterna", don Rodrigo escribe: *"Aunque ahora estoy en el crepúsculo de mi vida, recuerdo que viví en ese paraíso sin tiempo, pero ¡ay!- tan breve que es la infancia y más lo fue para mí!"* Más adelante agrega: *"Yo también quiero satisfacer ese anhelo familiar de escribir un libro y dejarlo como legado para cuando me haya ido. Estoy consciente de que las ideas, las fechas y los detalles pasan por la mente para ya no retornar, pero si se está atento, se logra capturar algunos, y con ellos reviven los sabores indescritibles de sus épocas!"*

En cada frase aparece viva la sutileza de su lenguaje, mezcla de fina pluma, agudo sentido del humor, precisión de esgrimista y una pizca de sarcasmo. De su contenido se puede rescatar lo que uno quiera: el simple aficionado -como yo- prestará mayor atención a las anécdotas de su vida, de sus torneos, de su profesión y curiosidades ajedrecísticas múltiples. El experimen-

tado, puede agregar a este rescate detalles de una veintena de partidas notables y estadísticas de torneos nacionales, regionales y mundiales que han tenido lugar durante más de cien años. Le pasé el libro a mi amigo Moisés Stekel, igualmente ex alumno de don Rodrigo y campeón de Chile de Ajedrez en 1958, quien experimentó lo mismo que yo, no obstante que su punto de observación se situó en las antípodas del mío.

En el libro van apareciendo, ordenadamente, notables exponentes de este deporte-ciencia, que se inicia con un delicado reconocimiento a Mariano Castillo, personaje clave en el devenir ajedrecístico de don Rodrigo, gran amigo de su padre, y asiduo participante en las tardes sabatinas de La Cisterna. Mariano Castillo declinó la invitación que le formulara el diario La Nación, en 1927, para concurrir al duelo Capablanca-Alekhine, en Buenos Aires, en calidad de corresponsal, misión que inesperadamente recayó en don Rodrigo, de sólo 14 años, quien viajó acompañado de su padre. De pasadita, casi por prestarle un poco de atención, Luis Palau, a la sazón campeón sudamericano, le dio la oportunidad de jugar una partida en público que, sorpresivamente para él, ganó el niño. Pero eso no sería todo: la revista L'Echiquier publicó el detalle del juego, lo que le causó una molestia de por vida a Palau, pese a que nunca se lo echó en cara. Don Rodrigo, al finalizar su libro, dice que espera que *"habrá sabido perdonarme"*.

En relación a su partida de 1958 con Moisés Stekel, escribe: *"... me tocó enfrentar a Moisés Stekel que era alumno mío en la Universidad y perdí, cediéndole también el título."*

Sólo habían pasado unas horas desde el final de esa partida cuando a las ocho de la mañana me lo encontré en primera fila de mi clase, produciéndose una extraña ambivalencia: yo era el profesor y él, el alumno, pero la noche anterior él celebraba mientras yo mordía el polvo de la derrota". En este relato don Rodrigo no menciona -lo que lo engrandece más aún- que perdió por tiempo, pese a que la posición de ambos sugería "tablas". Además, luego de la partida le lanzó un reto con una enorme carga psicológica: *"Si usted no gana este torneo, lo rajo a fin de año"*. Ambos cumplieron su promesa; Moisés fue campeón y don Rodrigo lo aprobó en su examen final.

De todos los recuerdos que hace en el libro y que no detallaré, pues creo que ya he contado más de la cuenta, derivan varias observaciones generales, dos de las cuales no puedo resistir a la tentación de relatarles. La primera dice: *"El ajedrez es un lenguaje que -como el de la ciencia- está libre de la hipocresía, de la corrupción y de las bajas pasiones y a diferencia de éste, las incógnitas finalmente se despejan"*. La segunda: *"Como cualquier mortal que toma conciencia del tiempo que le queda, me fijé algunas metas: ganar el Campeonato de Chile tantas veces como fuera posible, alcanzar los mayores logros en torneos internacionales y obtener algún título internacional, pero es muy común la ilusión de los humanos de que el futuro está muy distante y a mi se me vino encima con extrema rapidez"*. 